



OBRAS BREVES DE JACQUES MARITAIN



043-02

SOBRE EL JUICIO ARTÍSTICO

Jacques Maritain

(Breve estudio publicado en 1943 en la revista *Liturgical Arts* de Nueva York. En 1948 fue incorporado como capítulo II al libro 'Razón y razones')

Nuestra actitud ante las obras de arte depende de nuestro gusto natural y de nuestra educación artística, pero depende también, y más fundamentalmente, del concepto mismo que tengamos del arte. Si creemos que el arte es un mero ejercicio de habilidad destinado a gustar o a distraernos por un momento o a presentarnos, en forma agradable y fácil, una imagen de las ideas que ya llevamos en nosotros, exigiremos que un cuadro o una sinfonía nos confirmen nuestra propia visión de las cosas; en ellos nos interesará el tema tratado, y entonces exigiremos que tal tema se trate de acuerdo al conjunto de conceptos, previamente formados, que nos parecen expresar la verdad respecto de ese tema. Juzgaremos la obra de arte como un objeto que se somete a nosotros y que mediremos según nuestra disposición de espíritu. En tal caso, a decir verdad, no juzgamos la obra de arte, sino que ésta nos juzga a nosotros.

Completamente diferente es el caso si pensamos que el arte es un esfuerzo creador de origen espiritual, que nos manifiesta el yo más íntimo del artista y al propio tiempo las secretas correspondencias que éste percibió en las cosas, en virtud de una visión o intuición que le es propia, e inexpresable en ideas y palabras, y que sólo puede tener expresión en la obra de arte. Entonces esa obra se nos manifestará como cargada del doble misterio de la personalidad del artista y de la realidad que conmovió su corazón. Y lo que pedimos de esa obra de arte es que nos manifieste ese misterio en la alegría, siempre nueva, que produce el contacto con la belleza. Juzgaremos la obra de arte como el vehículo vivo de una verdad oculta, a la cual esa obra y nosotros mismos estamos sometidos a la par, y que es la medida de la obra, y al propio tiempo, de nuestro espíritu. En tal caso, verdaderamente juzgamos, porque en realidad no nos erigimos nosotros mismos en jueces, sino que procuramos ser dóciles con respecto a lo que la obra, si es buena, puede enseñarnos.

La primera condición de tal juicio, es una especie de consentimiento previo a las intenciones generales del artista y a las perspectivas de creación en las cuales él está colocado. Porque, en efecto, juzgar una obra de arte es, ante todo, comprender otra inteligencia; y antes de juzgar la obra es menester que conozcamos – y no sólo que conozcamos, sino también que aceptemos – los caminos que la inteligencia del artista eligió para penetrar en los secretos de lo real y para expresados. Sólo entonces podemos percibir si el artista tenía realmente algo que decir; esto constituye la primera fase del juicio artístico, y la más necesaria. Por hábil que sea un artista y por perfecta que sea su técnica, si desgraciadamente no tiene nada que decimos, su obra carecerá de todo interés.

La gran conquista del arte moderno y de la poesía moderna estriba en que arte y poesía llegaron a adquirir conciencia de sí mismos y del misterio espiritual que encierran, en un grado antes nunca alcanzado. El arte y la poesía comprendieron – acaso a costa de un terrible precio – que el primer deber del artista y del poeta consiste en ser inquebrantablemente fieles a su verdad, a la verdad singular e incommunicable de ellos mismos y de las cosas, que les es oscuramente revelada y que debe asumir forma en la obra de arte. Es menester que el artista y el poeta tengan gran coraje – y hasta heroísmo les es necesario – para permanecer fieles hasta el fin a ese inasible elemento espiritual que tiene todas las exigencias de lo absoluto y que no perdona la menor deserción.

Puesto que, cuanto más profunda y decisiva sea esa verdad propia del artista, tanto más corre el riesgo de parecer a sus contemporáneos, por lo menos al principio, algo carente de valor o insensato, ya que el artista ve su verdad, pero sus contemporáneos todavía no la percibieron; la verán luego, gracias a él y a sus sufrimientos. Ahora todos sabemos de qué virtud heroica de pintor surgió la obra de Cézanne.

Desde luego, en tales circunstancias el artista corre toda clase de riesgos, de manera que para que un creador verdaderamente grande y auténtico triunfe en esta extraña lucha con el Ángel, muchos, menos grandes, habrán sido derrotados. Pero aun estos últimos, si fueron realmente fieles a su intuición, aunque ésta fuese de pequeño aliento, y a su amor, aunque fuera mezquino, habrán alcanzado algo mucho más grande que ellos mismos, habrán alcanzado un pequeño trozo de cielo. Además, aun cuando fracasen y queden irremediabilmente derrotados, su esfuerzo y su propia derrota merecen nuestro respeto. El respeto ante el esfuerzo del artista, el sentido del misterio espiritual en que está empeñado su trabajo creador de hombre que persigue la belleza, son requisitos previos a todo juicio artístico digno de su objeto. El único artista que no merece respeto es el que trabaja para gustar al público, para obtener éxito comercial u honores académicos.

No solicito aquí indulgencia para cualquier obra de arte, aun cuando ésta sea sincera; menos aún para aquellas que explotan las verdades que he procurado señalar, y representan la farsa del arte moderno o del genio no comprendido. No pido que se sea indulgente en el juicio artístico. Creo que cuanto más puro, el juicio artístico es más exigente y hasta implacable. Pero lo que sí tenemos el derecho de pedir es que ese juicio sea realmente un juicio artístico, que no pretenda juzgar el arte desde las alturas de una incompetencia segura de sí misma e ignorante de las leyes y de la realidad interna de la cosa juzgada; que dicho juicio sea consciente de la dignidad humana y espiritual de ese universo especial, el universo de la creación artística, y, en fin, que ese juicio se base en un conocimiento auténtico de la estructura y de los principios de tal universo. Para esto, como para cualquier otra cosa, es necesaria una educación apropiada, fundada tanto en un estudio profundo del pasado como en una atención vigilante de los intentos y búsquedas del presente.

Estas observaciones son válidas tanto para el arte sagrado como para el arte profano. Las artes litúrgicas están esencialmente vinculadas a una tradición sagrada. Pero ésta no es la tradición de una escuela artística cualquiera, por grande que haya podido ser; es la tradición sagrada del dogma y de la vida de la Iglesia, que trascienden toda forma de arte humano. Éste es el motivo por el cual la Iglesia hizo suyas (para sus edificios y la ornamentación de éstos), las grandes formas de arte que se sucedieron en el curso de los siglos: arte bizantino, arte románico, arte gótico, arte del Renacimiento, arte barroco... Es una lástima que no pueda formularse, como una regla, la misma afirmación respecto de las grandes formas del arte moderno y contemporáneo. Sin embargo, ciertos ejemplos inestimables, aunque escasos aún, nos muestran que está a punto de llegar el momento en que vuelva a retomarse el hilo de esa genuina vida del arte religioso.

Sin embargo, como puede comprenderse fácilmente, en la evolución del arte profano es donde los intentos, las búsquedas, las inquietudes y las conquistas del momento actual se manifiestan más libremente y pueden estudiarse con mayor claridad.